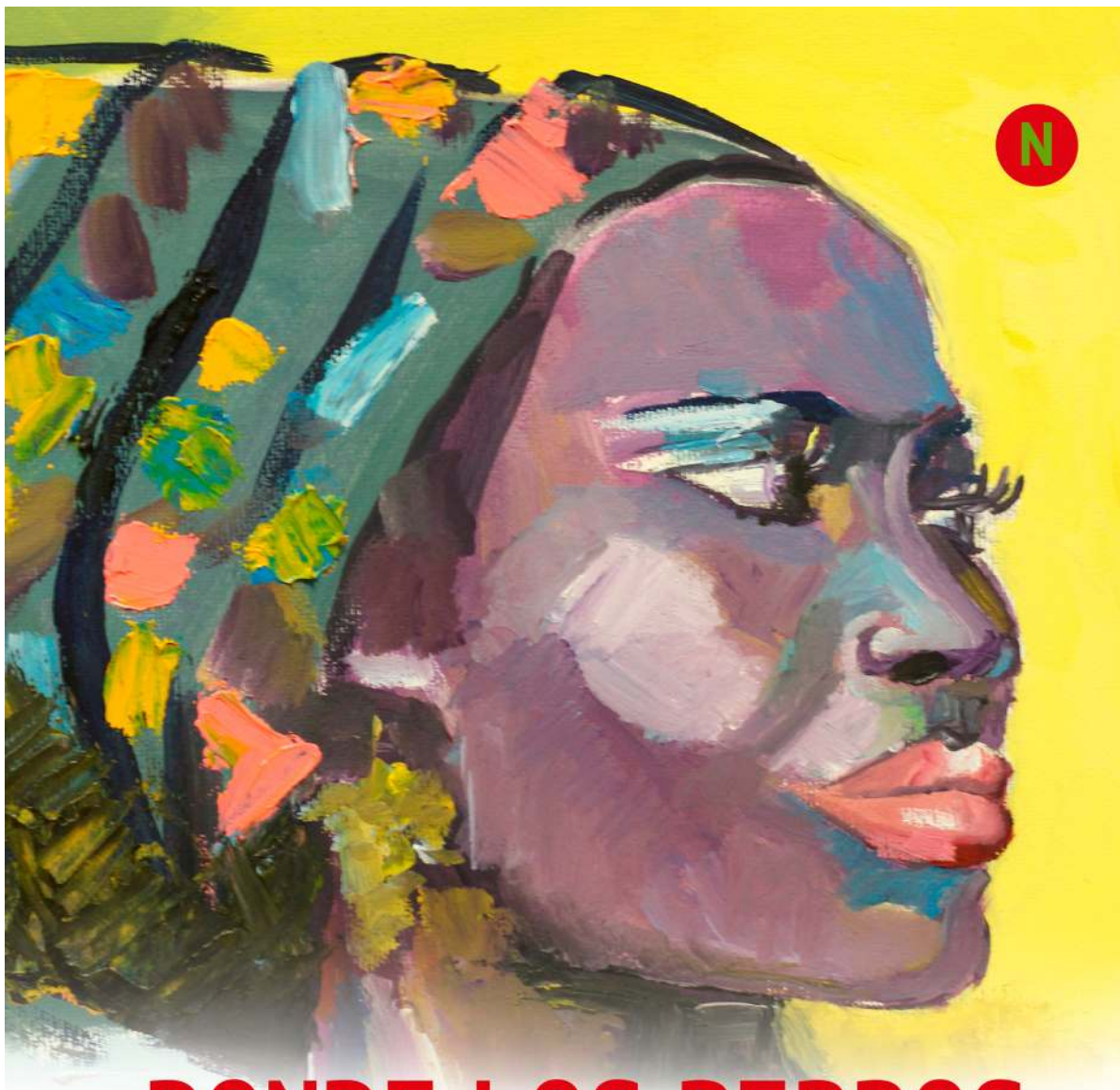




DONDE LOS PERROS LADRAN CON LA COLA

Estelle-Sarah Bulle

TIEMPO de PAPEL
ediciones



DONDE LOS PERROS LADRAN CON LA COLA

Estelle-Sarah Bulle

TIEMPO de PAPEL
ediciones

Tiempo De Papel

Donde los perros ladran con la cola

First published by Tiempo de Papel Ediciones 2022

Copyright © 2022 by Tiempo De Papel

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

First edition

ISBN: 978-84-09-38186-9

This book was professionally typeset on Reedsy

Find out more at reedsy.com



Contents

[Donde los perros ladran con la cola](#)

[Créditos](#)

[Agradecimientos](#)

[Introducción](#)

[1947-1948](#)

[La sobrina](#)

[Antoine: la niñez en Morne-Galant](#)

[Antoine: una buena coz y allá voy](#)

[Lucinde](#)

[Hermano Pequeño](#)

[Antoine: la marcha a Pointe-à-Pitre](#)

[Antoine: koté Lebecq 16](#)

[Hermano Pequeño](#)

[Antoine: «Mache!» 21](#)

[La sobrina](#)

[1948-1960](#)

[La sobrina](#)

[Antoine: los suburbios de Pointe-à-Pitre](#)

Lucinde

Antoine: la vida de los contenedores

Antoine: idas y venidas

Hermano Pequeño

Lucinde

Antoine: prosperidad

Hermano Pequeño

Antoine: el amor y el viento

Hermano Pequeño

La sobrina

1960-2006

La sobrina

Antoine: las grandes sacudidas

Hermano Pequeño

Antoine: Nèg kont' Nèg

Hermano Pequeño

Lucinde

Antoine: vientos secundarios

Hermano Pequeño

Antoine: pasos sobre el rocío

Antoine: mayo del 67

Lucinde

Hermano Pequeño

Antoine: segunda partida

Antoine: París, Francia

Hermano Pequeño

Antoine: invernada en Morne-Montmartre

Lucinde

Hermano Pequeño

Antoine: kimbé red, pas moli 68

—

Agradecimientos

Donde los perros ladran con la cola

Estelle-Sarah Bulle

Traducción de Iballa López Hernández

TIEMPO DE PAPEL EDICIONES

Créditos

Título original: Là où les chiens aboient par la queue

© De la edición en francés: Éditions Liana Levi, 2018

© De la edición en español, Tiempo de Papel Ediciones, 2021 C/ Polo y Peyrolón, 1

46021 Valencia info@tiempodepapelediciones.com

© Imagen de portada: Elena Díez García

© Fotografía autora: Philippe Schroeder Traducción: Iballa López Hernández

Diseño y maquetación: elmorenocreativo.es

Esta obra se benefició del apoyo de los Programas de Ayuda a la Publicación del Institut Français

ISBN: 978-84-09-36141-0

ISBN EBOOK: 978-84-09-38186-9

I IDep. Legal: V-3637-2021

Imprenta: Estugraf.

Primera edición, diciembre de 2021.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal).

Agradecimientos

A mis padres. A mis hijos.

Introducción

Abandoné Morne-Galant al alba porque era la única forma de no achicharrarme bajo el sol. Morne-Galant es un lugar en medio de la nada, o mejor dicho, una matriz de la que salí como un ternero sale de su madre, con las patas hacia delante, dispuesto a morir con tal de desprenderse de los costados que lo retienen. Antes de cumplir siete años vi unos cuantos partos de terneros y sé que pueden acabar mal. Papá siempre dejaba que la naturaleza hiciera su trabajo; era ella la que debía decidir quién vivía y quién no.

No obstante, quería a sus animales. Cuando me fui tenía cinco o seis. Vivían alrededor de la casa, lanzaban largos mugidos roncacos para que los lleváramos al abrevadero de chapa ondulada plantado en medio del terreno. Papá soltaba una a una las cadenas que los sujetaban a unas estacas y ellos corrían hasta la pila. Los días de bochorno, se estrangulaban si no lo hacía lo bastante deprisa. Los inmovilizaba con una orden seca y sonora, «¡Ya!», y golpeaba a los toros impacientes con la hoja del machete. Durante los tres primeros meses de vida los dejaba sueltos, porque de todos modos las crías permanecen junto a la madre.

Hilaire trataba a sus hijos igual que a sus animales: un vaso de cariño, un cubo de autoridad y un barril de «*débrouyé zôt'*».1 En aquel desierto en los confines

del pueblo solo estábamos nosotros y los bueyes. A media hora a pie de allí, por el camino principal, que no era una carretera propiamente dicha, ni siquiera según los criterios de la época, Morne-Galant dormitaba acurrucado sobre sí mismo. Aún hoy, los guadalupeños siguen diciendo de Morne-Galant: «*Cé la chyen ka japé pa ké*». Como tu padre nunca te ha hablado en criollo, te lo traduzco: «Eso queda donde los perros ladran con la cola».

Y mira que vi perros extraños y otras apariciones de medianoche, pues Hilaire solía dejarnos solos y yo me ponía a esperarlo junto a la ventana. Al atardecer, mientras las gallinas se encaramaban una a una a la copa del mango, cerrábamos los postigos. El canto de los grillos amortiguaba todos los ruidos en torno a la casa. Nosotros, los críos, jugábamos alrededor de la mesa desnuda. Nos peleábamos por una muñeca de hierba o un *souda*² atemorizado. La noche se iba instalando con su lunita nielada. La luz del quinqué parpadeaba y nosotros acabábamos dándonos con la oscuridad al desplegar los catres. Incapaz de dormir, yo entreabría el postigo buscando a Hilaire en el horizonte.

A mis dieciséis años, esperé el momento oportuno, desafié a los espíritus nocturnos y, con el canto del pipiri, ya me había puesto en marcha, sin volver la vista atrás. Quién sabe, quizá habría otras partidas, hasta que la Virgen me abriese los brazos y me dijese con su bella y dulce voz: «Se acabó», pero las dos que cuentan son la de Morne-Galant en 1947 y la de Pointe-à-Pitre veinte años después, la tarde en que tomé el primer vuelo para París, dejando atrás cuanto había construido.

Y aquí me tienes, llevo una eternidad viviendo en París y aún me siento como si no hubiera encontrado mi hogar. A veces me cruzo con otros antillanos, aunque suelen vivir en las afueras, otro lugar en medio de la nada donde los edificios han brotado como flores enfermas en mitad de unos barrizales. Veo muy pocos en la capital, aquí solo aguantan los más desdichados y los más tenaces; los demás, al parecer, no tienen arrestos.

He conocido a los argelinos esmirriados que trabajaban en las fábricas. A los chinos taciturnos que nos venden las guanábanas que nosotros cultivábamos como si nada detrás de la choza. Si me peleo con los senegaleses que vacían mis cubos de basura y les grito que vuelvan a su país, me miran de arriba abajo y me tratan de esclava vendida por los padres de sus padres. Pero son todos extranjeros, mientras que yo soy igual de francesa que esos blancos que me confunden con una africana. Me siento reconfortada con las hermanas del Sagrado Corazón, ellas me animan cuando destrozo los cánticos con mi voz chillona y me ofrecen medallitas milagrosas. Les gusta escucharme, sobre todo a las nuevas; muchachitas amarillas y frágiles procedentes de Indonesia o algo por el estilo, congoleas mudas que al cabo de unos meses no se callan ni debajo del agua. Solo me saqué el graduado escolar, pero se me da bien contar las cosas, sobre todo cuando hablo de los ángeles que me visitan.

He tenido oro entre las manos. Me refiero a pepitas de verdad, esas cositas macizas y bellas. Nunca he tenido jefe ni nunca lo tendré. No soy de las que se aburren detrás de los locutorios acristalados de las administraciones ni de las que por la noche recorren fregona en mano los pasillos vacíos de las torres de oficinas. No me angustio por un hijo sin padre que se echa a perder mientras yo me deslomo. Pero durante mucho tiempo fui como todos ellos, pasaba

meses organizando con antelación el viaje a Pointe-à-Pitre para pagarme el pasaje más barato posible. Me ponía tensa cada vez que un blanco bromeaba sobre mi acento o mi pelo.

Y ahora, muchachita, resulta que vienes a verme y te preguntas dónde está nuestro sitio, cuando venimos de un lugar entre dos mundos. Tu padre, al que crie lo mejor que pude, probablemente te diga algo distinto de lo que te voy a contar, porque un hermano y una hermana pueden ser como dos extraños el uno para el otro y aun así quererse.

Dices que entre los antillanos no hay solidaridad. Pero si dejas a diez personas en una sala de espera, ¿crees que terminarán formando una familia grande y unida? Guadalupe es como una sala de espera en la que metieron a negros que no tenían nada en común unos con otros. Esos negros no saben muy bien dónde ponerse, esperan la llegada del blanco o buscan la salida.

Siéntate aquí, que te voy a dar un buen cepillado, necesitas que te desenreden esas greñas. Pero primero dame las manos. ¿Ves?, por eso nos llevamos bien tú y yo. Tenemos ese fluido, ahí, lo noto en la punta de tus uñas. ¿Lo notas? Como una onda eléctrica. Es un fluido protector. No te lo tomes a risa, que igual un día te sirve de algo.

Tienes treinta años y yo setenta y cinco. Aunque esté aquí, entre tú y yo es como si siguiera alzándose una barrera de un siglo, siete mil kilómetros y un océano. Nunca adivinarás el camino que he recorrido, aunque vayas allí. Has conocido las calles limpias de la periferia sin alma donde naciste. Tu padre te llevaba al colegio en coche todos los días. Yo, de niña, me despertaba con el

canto del gallo, erguido al pie de la ventana, e iba andando a la escuela, si es que iba.

1. Arregláoslas. (*N. de la A.*)

2. *Souda*: crustáceo terrestre de la familia de los cangrejos ermitaños. (*N. de la A.*)

1947-1948

La sobrina

La sobrina

Así fue como comenzaron mis conversaciones con la tía Antoine. Primero fui a la calle Poulet con la cabeza hirviéndome de preguntas, sin avisarla, deseando sorprenderla en la tienda. En cuanto llamé al timbre, me contestaron los ladridos asmáticos de dos perros. Mi tía abrió la puerta regañándolos amablemente, como lo habría hecho cualquier señora mayor. Solo que ella no era una señora mayor. En el marco de la puerta, volví a descubrir a aquella mujer alta de sonrisa confiada que llevaba años sin ver. Los ojos le chispeaban bajo la espesa melena canosa, peinada deprisa y corriendo con muchos moñitos, como si a medio camino hubiera desistido de hacerlo decentemente. Me estrechó los hombros con sus inmensas manos y me dio un beso igual que si nos hubiéramos despedido el día anterior. La cara le olía a aceite de jojoba y a la crema Miss Antilles. Una cara llena, radiante, sin apenas arrugas.

El último recuerdo que tenía de Antoine se reducía a su silueta inclinada sobre un andén del metro después de una de sus inusuales visitas. Yo era adolescente. Mi padre y yo la habíamos acompañado en coche hasta la estación Créteil-Préfecture. Me gustaba mucho su apariencia extraña, una mezcla de elegancia anticuada y anarquía. Me habían contado tantas cosas sobre ella que no me esperaba menos. No se había quitado la pesada gabardina verde oscuro

en todo el día. Calzaba unos zapatos gastados de hombre y un frágil bolsito de falso charol negro. Al levantarse de la mesa de la cocina, donde habíamos estado chismorreando en torno a una taza de té hasta la hora de la penumbra, se puso de nuevo un sombrerito de esos intemporales con velo. Yo me reía para mis adentros de la cara que se le había quedado a mi padre toda la tarde y de la expresión huraña que seguía teniendo en el coche y luego en el andén. Siempre un poco apartado, con la mirada flotando por encima de ella, aquella actitud suya delataba su impaciencia por meterla en el metro.

Pocas personas le producían el mismo efecto que su hermana mayor. Resultaba curioso y enigmático. Habitualmente era una persona abierta y risueña y manifestaba por los demás una empatía y una dulzura que incitaban a la confianza, incluso por parte de desconocidos. Pero, delante de Antoine, se le notaba en la cara lo mucho que se esforzaba por no mostrar su ira, también por protegerse. Me daba perfecta cuenta de que cada palabra de ella, por anodina que fuera, constituía una agresión contra todo lo que le importaba: la moderación, la calma, el análisis racional del mundo. Entreveía en él al niño que se debate en silencio contra unas fuerzas afectuosas pero terribles. Un día declaró, como si se tratara de una hazaña: «Nunca me he peleado con mis hermanas». Prefería evitarlas.

De modo que, quince años después de la escena del metro, entré en la vieja tienda agazapada a los pies del Sagrado Corazón, cerrada desde hacía siglos. Esta vez ya era adulta y quería hablar con Antoine a solas, que me hablase del pasado, de Guadalupe y de la familia a su manera.

Seguía pareciéndose un poco a esas brujas buenas de los años treinta por las que tanto entusiasmo sienten los ingleses, pero en mi caso no tuve que superar ninguna prueba iniciática, se confió a mí enseguida. Creo que se

alegraba de que la reconociera como aquella que unía el pasado con el presente, Guadalupe con París, como una raíz subterránea y llena de vida.

Las siguientes veces insistió en venir a casa. Yo vivía en el distrito XVIII, en el bulevar Ornano. Quería ver el piso y hacerle carantoñas a mi hija de tres meses. Le hacía feliz tener aquel pretexto para recorrer el barrio, que conocía como la palma de su mano. Por el camino se detenía en el puesto de un tendero chino y aspiraba los tallos de hierba limón para evaluar su frescura. Me traía una decocción de aloe vera puesta a macerar en una botella de plástico o un postre grumoso espolvoreado con unas virutas de huevo cocido que flotaban en la leche turbia. Yo me lo tragaba todo para complacerla. Cuando se iba, la seguía un buen rato con la mirada desde mi ventana. Les sacaba una cabeza a los demás transeúntes, que no recobraban su tamaño habitual hasta que ella no pasaba.

En la familia, todos llaman Hermano Pequeño a mi padre. Como si nunca hubiera dejado de ser aquella criatura frágil a la que mis tías guiaron durante su niñez como buenamente pudieron, en aquellos comienzos en los que la ternura no faltaba pero estaba racionada, lo mismo que el pan o la sal.

Nací en una familia muy parecida a la típica familia francesa, sin la rígida estructura jerárquica de esta: podemos considerar a una amiga de la infancia como una prima y llamarla así. Con los primos de verdad apenas te cruzas y los olvidas. Otros, como los hijos adulterinos que llegan con la lluvia y a los que jamás se reconoce, se convierten en hermanos a los que quieres más que a los de tu propia sangre. Una calle entera de Morne-Galant reúne a los miembros de mi única familia, todos Ezechiél. Como para volver loco a un cartero novato. Una hermana puede ser la madrina de su hermano, que ya solo la llamará «madrina» y no por su nombre oficial. Es lo que le pasa a mi padre

con Antoine. Cuando la llama «madrina», no puedo evitar oír «mi reina».3 Y ahora sé que lo tiene todo de una soberana, orgullosa e independiente.

Cuando de adolescente me ponía contestona, dejaba la ropa tirada en el suelo o me encogía de hombros porque me repetían por enésima vez que cuidara mi forma de vestir, siempre salía a colación su nombre: «¡Pareces tu tía Antoine!», «¡Cómo se nota que has salido a Antoine!». Durante un tiempo, también el tamaño de mis pies tuvo un poco preocupados a mis padres, que declaraban con un tono fatalista: «Los mismos zapatones que su tía...». En apariencia, la comparación no era nada atractiva. Pero lo cierto es que en un rincón secreto de mi pecho me sentía halagada, pues, por muchos defectos que le atribuyesen a mi tía, yo percibía cierta admiración por aquella que nunca había hecho otra cosa que seguir sus propios deseos, cultivando sin ningún pesar el arte de la catástrofe.

Hasta que cumplí trece años, mis padres, mi hermano y yo vivimos en Créteil, en el noveno piso de una torre rectangular, blanca y negra, en la esquina de las calles Lepaire y Marie-Curie. Me gustaba asomarme a la ventana, enfrentándome al cielo y al peligro de una caída de treinta metros. Era una niña muy aplicada y tremendamente conformista. Me gustaba fundirme con el paisaje que se extendía a mi alrededor, volverme igual de neutra que aquellas calles anchas y rectas y aquella sucesión de edificios concebidos según el nivel social de sus habitantes (cuanto más módico era el alquiler, más estrechas eran las ventanas).

Desde mi puesto de observación, me hacía preguntas sobre los incontables sucesos familiares que, a mi entender, se salían demasiado de la norma. ¿De dónde venía aquella propensión a ampliar el círculo de parientes hasta fronteras imprecisas y cambiantes? ¿Y por qué tenía mi padre aquel acento tan

marcado que hacía reír a amigos y vecinos pese a que él se esforzaba por hablar un francés castizo? ¿Por qué la mayor parte del tiempo mi abuelo solo era una voz cavernosa que los siete mil kilómetros de línea telefónica desplegados bajo el océano volvían fantasmal?

Nuestra ciudad, a las afueras de París, era el gran *maelstrom* de la clase media, donde la corriente uniformadora de la «convivencia social» se llevaba por delante la diversidad de vidas. En aquel gran cajón de sastre, los antillanos eran una minoría entre otras, y los niños mestizos, una rareza. De hecho, la palabra «mestizo» apenas se utilizaba. Cuando, en muy contadas ocasiones, me declaraba como tal, en el colegio, con mis amigos o en la calle, me sentía como si estuviese cometiendo una transgresión. El mestizo, debido a su posición intermedia, tiene algo amenazador para la identidad. Los vecinos, franceses recién llegados del departamento de Sarthe o del de Deux-Sèvres, portugueses de segunda o tercera generación o parisinos venidos a menos, no sabían muy bien dónde situarme. Se les daba mejor con mi padre. Después de conversar cinco minutos con él, declaraban en tono alegre: «¡Huy, la isla de Reunión! ¡Estamos pensando ir a pasar allí las próximas vacaciones!».

Mi padre los corregía con educación, pero para la mayoría de la gente, las Antillas eran como África, es decir, un todo demasiado difícil de diferenciar en zonas geográficas precisas que incluía el conjunto de las posesiones francesas hasta el Pacífico, hasta el océano Índico; es más, Guayana también era una isla, se confundía Guadalupe con Martinica, pero no podíamos echarles la culpa a los vecinos. A nosotros también nos costaba lo suyo situar en el mapa Croacia, país del que era la conserje, o la ciudad de Bugía, donde veraneaba el mejor amigo de mi hermano, o la costa del Algarve, que aparecía en los pósteres que

tenía colgados en la pared del salón mi primera niñera, la cual solía darme de comer un excelente arroz blanco con mantequilla.

De finales de los setenta a finales de los ochenta, mis padres ahorraron a fin de poder comprar, cada dos años aproximadamente, el billete de Air France para Guadalupe. A mi madre le hacía especial ilusión ir. Yo tenía sentimientos encontrados y me preguntaba qué podía motivarla tanto. ¿Por qué tenía tantas ganas de meterse de lleno en aquel mundo rural tan alejado de cuanto conocía, habiendo como había crecido en las fiestas del Borinage y conocido los amaneceres con café ardiendo y los resplandecientes cerezos del verano?

¿Por qué tantas ganas de encontrarse en aquel lugar enigmático donde se hacía de noche al revés, donde aún se vivía sin electricidad ni agua corriente, espiados por las ratas azules y los sapos dubitativos, presa de una luz abrasadora que solo te soltaba al resguardo de una chapa crepitante de calor?

Por mi parte, los primeros días en Morne-Galant me aburría como una ostra y echaba mucho de menos las calles asépticas de la ciudad. Luego, poco a poco, me iba aspirando la belleza de la naturaleza, tan intensa que se te metía dentro por todos los poros y se apoderaba de todos tus sentidos: rojo fuerte sobre verde oscuro, olor a almendras en descomposición, el aliento salobre del mar, las picaduras de las hormigas. Veía a mi padre convertirse en el pilar de su propio padre, que escondía sus lágrimas cuando al cabo de un mes subíamos al coche para regresar al aeropuerto.

De vuelta en casa, me preguntaba por qué papá y aquellos que se

le parecían —el mismo color de piel, el mismo acento melodioso que llevaban muy a su pesar, como el esparadrapo del capitán Haddock— tenían respecto al resto del mundo ese trato caluroso que apenas si ocultaba una profunda fragilidad. Mi padre me hablaba encantado de su niñez, y a lo largo de toda mi juventud, me conformé con eso.

Yo no mencionaba mi constante sentimiento de ambivalencia, de desfase, porque había situaciones más complicadas que la mía. Debía considerarme afortunada por tener un entorno familiar estable y dos padres que trabajaban. Tenía amigos que se pasaban la vida dando tumbos de su familia a los hogares de acogida. Había padres que se tiraban el día en el bar. Algunos no hablaban francés y nunca salían. Para la mayoría de los adultos, los niños éramos el futuro.

Enfrascada en mi propia infancia y luego en mis comienzos en la vida, tardé en interrogar a mi padre y a sus hermanas acerca de su pasado y de la manera en que habían salido de la isla. Un año, decidí preguntarles a los tres por separado. Mi abuelo Hilaire acababa de morir con ciento cinco años. Poco después nació mi hija. Eran momentos de conversaciones y recuerdos. Al apretar la manita minúscula y sedosa de mi bebé, recordaba el tacto suave y rugoso de la vieja mano de uñas largas que me sujetaba cuando yo tenía cuatro, nueve, once años, la fuerza de su puño cada vez menos firme a medida que pasaba el tiempo. Quería que me contaran cosas sobre Guadalupe, sobre los tiempos de Hilaire y de después; ir enlazando los hilos con lo que yo misma sabía. Por turnos, Antoine, Lucinde y Hermano Pequeño fueron ofreciéndome vivencias. Yo tomaba notas que no enseñaba a nadie.

Pasaron los años, mi propia familia crecía, me hallaba inmersa en una existencia de adulta ajetreada. Diez años después, aprovechando un invierno demasiado riguroso, prácticamente hui a la isla. Entonces volví a pensar en esas conversaciones y en mis notas. Las voces habían madurado dentro de mí en una maraña que debía desenredar. A mi regreso a casa, busqué los cuadernos en el fondo de un cajón. De repente, las palabras, las expresiones, los retazos de diálogos garabateados a toda prisa aparecieron ante mis ojos como una conversación recién interrumpida. Sentí deseos de dar vida a una

historia. Dudé, esperé un tiempo. Un día, Antoine, Lucinde y el propio Hermano Pequeño se irían. Finalmente me puse manos a la obra, procurando rescatar con la mayor exactitud posible lo que con tanto placer y confianza me habían relatado, tratando de mantener las escenas y las conversaciones que habían recreado para mí. Así, con la distancia que da el tiempo, esperaba comprender el rumbo de mi propia existencia.

- 3-En francés, «marraine» (madrina) y «ma reine» (mi reina) se pronuncian prácticamente igual. (*En adelante, las notas son de la traductora a no ser que se indique lo contrario.*)

Antoine: la niñez en Morne-Galant

Papá y mamá se marchaban muy temprano para atender a los animales y abrir la tienda a la entrada de Morne-Galant. Tu tía Lucinde y yo comíamos en silencio un poco de arrurruz mezclado con agua caliente. Mientras mamá estuvo allí, Lucinde y yo fuimos a la escuela casi todos los días. Para ello teníamos que recorrer cinco kilómetros a pie hasta el centro del pueblo. A mí no me habría importado quedarme todo el día por la choza, vagando por los grandes bosques. Pero, acodada al mostrador de la tienda, mamá podía ver si pasábamos por delante de ella. Si hubiera podido vigilar a papá de la misma manera, quizá otro gallo nos hubiera cantado.

Los demás críos apenas nos hablaban y yo fingía que no me disgustaba. Vivíamos demasiado lejos de las otras chozas, y tener una madre como la nuestra no ayudaba mucho. Nos ignoraban por su culpa. Aunque todas las familias fueran a aprovisionarse en el *lolo* de mamá, más de un adulto la ponía a caer de un burro a sus espaldas, y ya sabes que los chiquillos se tragan las maledicencias como agua de coco. Primero estaba su color de piel, aquella especie de blanco hueso. Y luego el arcón de caoba que había traído al casarse, el único objeto de valor de la choza. Eso bastaba para dar pie a no pocas especulaciones sobre el dinero que supuestamente poseíamos.

Debo decir que a nosotras, sus hijas, todo ello también nos hacía perder un poco la cabeza. Por la noche nos gustaba observarla de cerca, con sus pálidos y

finos brazos, la larga cabellera, que le llegaba hasta la parte baja de la espalda, y sus dos hermosas pañoletas de flecos, que guardaba meticulosamente en el arcón. Eso nos volvía altas con los demás críos. Pero en el fondo yo misma la miraba como si no hubiera salido de sus entrañas. No me cabía en la cabeza una diferencia tan grande entre ella y nosotras; mamá tan bajita y menuda, yo tan grande; pies grandes, cuello grande, con mi tez cacao oscuro y mi pelo crespo. Lucinde heredó su cintura de avispa. Por lo demás nos parecemos a Hilaire, tu abuelo.

No me reconocía en ella, y tal vez era eso lo que nos distanciaba. Siempre prefirió a Lucinde. La llamaba, «¡Cariño, ven aquí!», y Lucinde corría a acurrucarse en sus brazos. Yo no le tenía celos. Mi hermana me parecía débil e hipócrita. Cuanto hacía tenía un único objetivo: demostrarles a nuestros padres que valía más. Intentar robar una parte adicional de atención. Les obedecía como un ternero tembloroso y, tras la muerte de mamá, siguió obedeciendo a todas las madamas del pueblo, hasta que dio con la manera de irse. Lucinde es un espejo de doble cara: es su forma de luchar.

La otra razón por la que los palurdos de Morne-Galant veían a mamá como un bicho raro fue su llegada de Grands Fonds, de aquella guisa, a lomos del caballo de Hilaire, que montaba erguido bajo el sombrero oscuro, con una herida sanguinolenta en la sien y la brida bien sujeta entre las enormes manos. Aquella beldad blanca sentada detrás de uno de los negros más negros de la comarca, y uno de los más «bandoleros», como dicen en mi tierra, era un insulto para ambos mundos.

Ya te he dicho que vivíamos en la zona más desolada de Morne-Galant, que por entonces no tenía más que una calle y diez casas. Pese a estar aislados, éramos parte del pueblo; formábamos parte de él. Cualquier visitante podía detenerse delante de nuestra choza de regreso de Port James o para negociar